

en lo que se refiriera en términos de imposición; a la cultura del conquistador. Según Harold Bloom, esta forma de imposición construye su categoría de «escuela del resentimiento»⁴⁶ puesto que la influencia⁴⁷ (en el sentido que nos lo plantea también Bloom) resulta ser aquí una metáfora constrictora. Sin embargo, no podemos negar que también existió, desde algunos espacios del propio mundo indígena, una política de asimilación y la reafirmación de esta sobre la base de que el teatro podía ser más que una empresa de formación, de «reconstrucción». Volvemos al lema deconstrucción–construcción. Beatriz Aracil Varón lo explica bastante ampliamente y de una forma abierta, inclusive haciendo algunas notas a partir de los textos de Fray Toribio de Benavente, mejor conocido como Motolinía⁴⁸:

La presencia en *La conquista de Jerusalén* de la conflictiva realidad sociopolítica vivida por la élite española durante los primeros años del virreinato fue, a pesar de su importancia, un elemento secundario respecto al verdadero propósito de una representación que sirvió a los franciscanos para exponer su concepción del Imperio español y su propuesta de inserción del indígena en la sociedad colonial como vasallo de la Corona. Que todos los que participaron en el auto fueran, según explicaba Motolinía, “señores y principales” y que en los decisivos momentos que precedían a la batalla final se hiciera referencia a la conquista de México anunciando al ejército náhuatl la intervención de San Hipólito, “en cuyo día los Españoles con vosotros los Tlaxcaltecas ganasteis a México” son circunstancias que indican, además, una adhesión por parte de los indígenas, y más concretamente de la nobleza tlaxcalteca, a esa imagen de “conquistador cristiano” y “fiel vasallo” que se les atribuía en la obra, una imagen que los propios Tlaxcaltecas, apoyados por los frailes franciscanos, difundieron a lo largo de todo el siglo XVI como forma de reclamar determinados privilegios sociales a la Corona española y que tendría su manifestación más explícita en la escenificación de 1585 ante el virrey Villamanrique⁴⁹.

⁴⁶ BLOOM 1995.

⁴⁷ BLOOM 1991.

⁴⁸ Según Ramón Ezquerro: «El franciscano fray Toribio de Benavente, conocido también como «Motolinía» por su vida sencilla y pobre, nació en Benavente (Zamora, España) a finales del siglo XV, y murió en México, después de haber desarrollado una inmensa labor evangelizadora. Fue uno de «los doce apóstoles de México». Su apellido era Paredes; adoptó el de su villa natal en la Orden franciscana y el apodo de Motolinía, «el pobre», con que es más conocido en Nueva España, al oírse llamar así por los indios». Véase en: Ramón Ezquerro. “Toribio Motolinía”. En: *Diccionario de Historia de España*. Ed. por Revista de Occidente. Vol. 2. Madrid – España, 1952, págs. 572–573, pág. 572.

⁴⁹ VARÓN 1998: 228.